

livios, que sufrían las facultades de su Esposo. Se concluía esta caminata por lo comun en cinco dias, segun las relaciones de los que se han instruido en las costumbres de los judíos; y así se cree, que cumplido este tiempo, llegó la Virgen, no á un barrio, como pretende Jacinto Serrí, sino á la misma ciudad, villa ó pueblo de Belén, segun San Justino mártir, nacido en la Palestina, Eusebio y Bocart, que son más dignos de fe que el Serrí. Belén era de poca estension, y las comodidades que ofrecia ya estaban ocupadas ó prevenidas para aquellas familias que por llevar consigo la grande recomendacion de sus riquezas, siempre llegan á las posadas primero que los pobres; y en lo humano por este motivo alquiló el Señor San José para su habitacion aquel establo, que estaba dentro de una gruta, en donde los decretos del Cielo tenían determinado el nacimiento del Mesías y nuevo Monarca de Judea, el que luego que nació, segun refieren historiadores y teólogos de buena crítica, fué puesto por los ángeles en los brazos de su santísima Madre. El Señor San José, segun discurre el Abad Trombelli, llegado aquel

momento feliz en que ya estaba para salir á luz el Niño Dios, se retiró, pidiendo esta accion la decencia y honestidad de la Virgen; mas nacido ya Jesus, fajado y puesto sobre el establo, volvió el Santo, ó llamado de la Madre de Dios, ó del llanto del Niño, ó de la música de los ángeles; y adorándolo primero, lo recibió despues en sus brazos y en el manto ó capa de que usaba; de la cual, como escribe Octavio Pancirolo y los sabios continuadores de Bolando, se conserva un retazo en Roma entre las reliquias de la iglesia de Santa Cecilia, que está de la otra parte del Tiber.

CAPITULO XIV.

Bajan los pastores á Belén, y adoran al Niño Dios en presencia del Señor San José.

EL mismo establo de Belén, en donde José se recreaba con el Niño Dios recién nacido, se cree, que vestidos de gala salieron los espíritus soberanos para la torre de *Ader*, que está entre Jerusalem y Belén, y distante como un cuarto de legua de esta ciudad, y en la cuarta vigilia de la mañana, esto es, al aparecerse la

aurora sobre aquel horizonte, segun Arnovio, dieron la feliz nueva del nacimiento del Mesías á los pastores; y estos entrando en la ciudad, cuyas puertas ó no estaban cerradas por ser tiempo de paz, ó que milagrosamente se abrieron, si es que Belén tenia murallas, adoraron entre las más brillantes luces y músicas del Cielo al Niño Dios, en presencia de la Vírgen María y del Señor San José.

El gozo de estos esposos felicísimos en esta adoracion, no se puede explicar fácilmente con nuestras voces; pero podrá cada uno figurarlo en sus pensamientos. Los pastores sin duda, dirian los motivos de su venida, y el modo con que los ángeles les habian dado la plausible noticia del nacimiento del Redentor. La Madre ciertamente imprimió en lo más profundo de su corazon las sencillas espresiones de los pastores, conservándolas en su mismo pecho, para manifestarlas á su tiempo. Y lo mismo se cree que haria su santísimo Esposo José, para instruir con estos documentos á los judíos, ó para consolarse en los trabajos, de que, ó ya tenia algunas luces, como tan ilustrado, ó que á lo ménos

podia conjeturar que le esperaban, y cuando no conservase en su bendita alma todo lo que estaba experimentando por esta causa, tendría presentes las glorias y maravillosos acaecimientos de aquella noche, para dar las gracias continuamente al Señor por tan insignes misericordias y favores tan ventajosos.

CAPITULO XV.

De la circuncision del Niño Jesus, y circunstancias de este rito.

LA ley de la circuncision mandada observar en el dia octavo del nacimiento, fué una ceremonia religiosa introducida por orden del Soberano Dios de Israel, con el designio de distinguir y separar del resto de las naciones á los hijos de Abraham, de Isac y de Jacob. Con esta divisa y señal se hacian y declaraban los hebreos miembros del pueblo escogido, y observadores de la ley. La práctica de este rito, aunque era más antigua que Moisés, no obstante, venia á ser como la base y fundamento de toda la ley Mosáica. En consecuencia de este precepto fué circuncidado

el Niño Dios, Salvador del linage humano; porque su Magestad quiso mostrar á los hijos de Judá, y en ellos á todo el mundo, que venia á cumplir enteramente la ley ántes de abrogarla y de declararse autor de otro culto más excelente. No se sabe á punto fijo quién era el ministro destinado á ejecutar la circuncision. Los pintores para representar este misterio, pintan un sacerdote del órden de Aaron con la tiara en la cabeza, y revestido de las otras insignias del sacerdocio. No tienen fundamento estas pinturas, pues ni en las historias sagradas ni en las tradiciones de los hebreos se halla declarada esta circunstancia. En las Escrituras solamente se lee, que una ú otra vez ejecutaron las madres este rito. En un libro que con el título de la *Verdadera Circuncision* anda entre las obras apócrifas de San Gerónimo, se lee, que la santísima Virgen hizo este oficio. Lo mismo dice el libro de la lamentacion de la Virgen, que algunos atribuyeron á San Bernardo. Sandino, sin hablar de las pinturas que representan al sacerdote como á ministro de esta funcion, dice, que ó la Virgen, Madre del Niño Dios, ó el Señor San José, que hacia

las veces de su Padre, cumplieron con esta sagrada ceremonia. No obstante, la sentencia más comun atribuye la ejecucion de este rito al Señor San José, fundada en las palabras de San Efren Siro, autor que floreció en el tiempo de San Basilio, y que es muy acreditado por su piedad y sabiduría. Las palabras con que el Santo lo afirma están tan claras, que aun Teófilo Rainaudo y el Jacinto Serrí, críticos severísimos, se vieron precisados á confesar abiertamente, que el Señor San José habia sido el ministro de la circuncision. Tiene esta sentencia además de la autoridad de San Efren, que verdaderamente es grande, otro poderoso testimonio, que es la costumbre de los hebreos, entre los cuales era uso que las cabezas de familia, que son los padres, circuncidasen á sus hijos. Y si alguna vez las madres los circuncidaron, fué, ó por pedirlo así la necesidad, ó por estar ausentes los maridos. El Abad Trombeli juzga, que estas dos opiniones fácilmente se pueden concordar, diciendo, que así la Virgen como el Señor San José, concurren á la ejecucion de esta ceremonia: la Madre teniendo con las ma-

nos al Niño, y San José ejecutando la circuncision con un cuchillo, ó con una navaja de piedra hecha para este fin. De esta suerte María y José fueron los ministros de aquella dolorosa ejecucion, en que Jesus ofreció las primicias de su sangre preciosísima, suficiente desde aquella hora, si su Eterno Padre se hubiera querido contentar con ella, para la redencion del universo.

En el mismo dia que el hijo era circuncidado, se le daba tambien el nombre, segun la costumbre de los hebreos: por lo cual José, y María, que tenian sobre este asunto órdenes secretas del Cielo, le pusieron el nombre sacrosanto de Jesus, con que Dios quiso significar que aquel Niño era la salud del mundo, y el Salvador del género humano. Significacion que dió un golpe de regocijo á María Santísima y al amante corazon del Señor San José, que estaban consternados con el ejercicio de aquella dolorosa ceremonia; la que se ejecutó en el mismo establo y gruta de Belén, que en aquel tiempo era la casa de los padres, y por consiguiente el lugar donde segun las memorias y ejemplares antiguos se cumplia con la ley de la circuncision;

pues no se sabe que los judíos tuvieran algun precepto que los obligase á circuncidar á sus hijos en la Sinagoga ó en el Templo, y que se llamasen los ministros del altar para la ejecucion de esta ceremonia.

CAPITULO XVI.

Adoran los magos al Niño Dios en presencia de su Padre putativo San José.

No es de mi asunto el responder á varias dudas que se ofrecen acerca de la venida de los magos. Bastará el saber que estos llegaron á Belén ántes que el Señor San José tuviese órden de retirarse á Egipto con su familia, y que despues que los magos adoraron y ofrecieron sus dones al nuevo Rey de los judíos, á quien buscaban, entró en zelos el monarca de Judea, y mandó quitar la vida á todos los niños que habian nacido en Belén y en todos sus contornos en el espacio de dos años, pensando que con esta crueldad quitaba del mundo al heredero de aquel reino, que desde la cuna ya era el motivo de sus temores. Los que sin duda tuvo aquel príncipe, ántes que el Señor San José tuviese

orden de huir á Egipto. Que el Santo Patriarca se hallase presente cuando los orientales en señal de su reconocimiento presentaron el oro, el incienso y la mirra al Niño Dios, aunque no lo dice claramente el Evangelio, sin embargo, atendido el honor y el afecto con que desempeñaba los designios del Cielo en sus desposorios con la Virgen María, no se puede dudar de su presencia. Ni es creíble que San José, educado según el esplendor de su nacimiento, se hubiese retirado de la gruta que por entonces era la casa que para su habitación había dispuesto y prevenido por motivos superiores la adorable providencia del Cielo, cuando, según las tradiciones más bien fundadas, se presentaban al que era tenido por su hijo tres testas coronadas del Oriente, que eran después de los pastores de Judá las primicias del cristianismo. San Juan Crisóstomo estuvo tan lejos de dudar de la presencia del Señor San José al arribo de los magos, que ántes dice, que Dios, queriendo premiar su virtud y heroica conformidad con la conducta del Cielo, lo consoló con la aparición de la estrella, y con la venida de los magos y

las profundas demostraciones de su respeto hacia el Niño Dios. Las pinturas, aunque por lo comun no tienen la mayor autoridad cuando se disputan hechos antiguos en las historias, no obstante, en este pasage, por andar los pintores de acuerdo con la verisimilitud y con los sentimientos del Crisóstomo, están bien recibidas aquellas imágenes antiguas, ó pintadas, ó esculpidas, ó hechas á la mosaica, que en la adoracion de los príncipes de la Arabia representan al Señor San José; significando con esto, que el Santo, juntamente con la Madre de Dios, participó de los honores hechos al nuevo Rey de los Judíos y y Divino Libertador del linage humano.

Algunos intérpretes de la Escritura discurren, que esta adoracion con que el cielo se dignó consolar al Señor San José entre aquellas calamidades, no fué en el mismo establo y gruta de Belén, sino en una casa adonde se había mudado la Sagrada Familia. Se fundan en que el Evangelio dice, *que entrando los magos en la casa, hallaron al Niño con su Madre, y que con el más profundo rendimiento lo adoraron*; pero esta conjetura no tiene fuerza, porque los hebreos, como

advierte el eruditísimo Tirino, á toda habitacion, aunque sea de béstias, la llaman casa. San Justino mártir, instruido en las tradiciones de los hebreos, aunque no hace la advertencia que el Tirino, dice con toda claridad, que los orientales, entrando en el mismo establo en que parió á Cristo la Virgen María, hallaron allí al Niño Dios. Lo mismo afirman San Juan Crisóstomo, San Agustin, San Gerónimo y la Iglesia, que en la fiesta de la Epifanía dice, que la estrella guió á los magos hasta el establo ó pesebre de Belén.

CAPITULO XVII.

De la presentacion de Cristo en el Templo.

DEL mismo establo de Belén, ó de alguna casa de la misma ciudad, adonde creen, fundados en conjeturas, algunos escritores que se pasó la Sagrada Familia despues de la adoracion de los magos, salieron José y María con el Niño Dios á presentarlo en el Templo, que distaba de Belén nueve millas, que son como tres leguas castellanas; lo cual sucedió, como dice San Lucas,

cumplido el plazo de los cuarenta dias, en que por la ley de Moysés debia la madre purificarse, y ofrecerse el hijo al Señor por los mismos padres. Por donde consta, que carece de sólido fundamento la sentencia de los que dicen que el Señor San José, avisado del ángel que huiese á Egipto con su familia inmediatamente despues de la partida de los magos, se vió precisado á diferir la purificacion de la Madre y el ofrecimiento del Niño Dios para otra ocasion más oportuna. La presentacion de Jesus se ejecutó, ofreciendo al Señor juntamente las víctimas ordenadas por la ley, que eran, ó dos tórtolas ó dos pichones. Esta era la ofrenda de los pobres; pero José y María la presentaron, no tanto por sus cortas facultades, como por amor á la pobreza voluntaria que venia á enseñar el Hombre Dios. Entraron los padres en el templo, llevando la Virgen María al Niño Dios en sus brazos hasta aquel parage del vestíbulo que estaba destinado para la consagracion de los primogénitos. Allí ofrecieron á Jesus á su Eterno Padre, á vista de los ministros del altar, y despues fué esta joya, que era la más preciosa

que habia en el mundo, redimida con cinco ciclos en este dia; esto es, con dos onzas y media de plata acuñada.

Maldonado dice, que autores graves parece que juzgan que la Virgen María ofreció dos tórtolas y dos pichones, que fué hacer más de lo que pedia la ley. La razon en que estriban para sentir de esta manera, es, que el Evangelista, refiriendo las dos especies de aves, parece quiso dar á entender que de una y otra fué la oblacion. Orígenes (ó el que fué autor de las homilias sobre el Evangelio de San Lúcas) añade á su sentencia una circunstancia prodigiosa que no agrada á los eruditos, y es, que las tórtolas y palomas que se ofrecieron, no eran como estas que vemos con nuestros ojos, sino espíritus soberanos que bajaron del Empíreo bajo la figura de estas aves, para que en la nueva presentacion del Hijo de una Virgen, fueran del todo nuevas las ofrendas. El P. César Calino, hablando sobre el punto, discurre de este modo: «A las que se purificaban, no era libre ofrecer tórtolas ó palomas en lugar del corderito, ni las escusaba otro título que el de la necesidad.

«Debian buscar el cordero, y cuando la diligencia no bastaba, se permitia la sustitucion de las palomas ó de las tórtolas. María y José no eran personas ricas, y lo que llevaron se habia consumido en el viage y en los gastos de cuarenta dias de su demora en Belén: por eso ofrecieron las víctimas de los pobres.» Otros añaden, que no ofrecieron cordero los padres de Jesus, porque el cordero inmaculado que ofrecian en el Hijo, era la víctima para quitar los pecados del mundo. «Si ofrecieron tórtolas ó palomas, (continúa Calino) no lo espresa el Evangelista, contentándose con decir, que hicieron su ofrenda segun la ley. Dijo lo que nos podia causar edificacion, y calló lo que solo pudiera servir de curiosidad; siéndole por otra parte muy fácil saber qué especie de aves fué ofrecida, sin más diligencia que preguntarlo á la sagrada Virgen, con quien tuvo San Lúcas el honor de hablar no pocas veces. Es probable que ofrecieron palomas, porque era más fácil encontrar esta especie de aves que las tórtolas, y por ser esta víctima la más usada. Y así leemos en el Evangelio, que se vendian palomas, y no halla-

«mos que se vendiesen tórtolas en el Templo.» Al entrar en el Templo José y María con el Niño, llegó á saludarlos el Santo viejo Simeon (que fué, segun Cedreno, uno de los setenta intérpretes que pasaron á Egipto enviados del pontífice Eleazaro á Tolomeo Filadelfo, para traducir al griego el testamento de los hebreos). Simeon, antiguo habitador de Jerusalem, era hombre justo y temeroso de Dios, y como tal, se ocupaba en el cumplimiento de la ley en medio de una multitud de judíos, que engañados de falsas tradiciones, esperaban un Mesías guerrero que los viniese á librar del yugo de las naciones extranjeras, que para ellos era tan vergonzoso, y á restablecer el reino de Judea en lo temporal. Algunos dicen, que Simeon era sacerdote destinado á presentar á Dios los primogénitos y á restituirlos á los padres despues de redimidos con el precio determinado por la ley. Esta sentencia no se confirma con palabras de los historiadores sagrados, ni es creible que estos hubieran callado el sacerdocio de un israelita tan insigne. Lo cierto es, que este feliz anciano, lleno de fé y altamente iluminado, esperaba al

Redentor de su pueblo y tenia en confirmacion de sus esperanzas la respuesta del Espíritu Divino, que le habia prometido que no moriria ántes de ver al Consolador de la nacion. Este fiel israelita, para que efectivamente se cumpliera la promesa del Espíritu Santo, llegó al Templo guiado de impulso superior, en la misma hora y tiempo en que María y José entraban con el Niño. Aquel repentino espectáculo, aunque por su naturaleza era para tener al Santo anciano en un profundo silencio y suspension, no obstante, se acercó á la Sagrada Familia, y usando con el mayor respeto y veneracion de aquella especie de autoridad que en tales personas suelen conciliar los muchos años; ó por mejor decir, inspirado de lo alto, tomó al Niño en sus brazos, y bendiciendo á Dios en voz alta, prorumpió en estas sublimes espresiones: *Ya, Señor, sacad en paz á vuestro siervo de esta vida; pues ya mis ojos han visto vuestra salud.* He visto al Mesías prometido y esperado con tantas ansias; *al que es la luz de las naciones y la gloria de Israel, vuestro pueblo.* María y José, al escuchar los sentimientos de aquel espíritu iluminado,

quedaron sorprendidos de admiracion como si fuera nuevo para ellos lo que el buen israelita declaraba. Eutimio dice, que María y José se admiraron al oír las palabras de Simeon, porque les descubría cosas más elevadas de las que habían referido los pastores y los magos que vinieron desde la Arabia á adorar al Rey de los judíos. Maldonado, interpretando el verso 23 del capítulo segundo de San Lucas, juzga que es más probable que José y María en aquella hora trajeron á la memoria todo lo que ántes habia pasado, y que cotejándolo con lo que oían de la boca del Santo anciano, les causó nueva admiracion. Si no es, que digamos, añade el Maldonado, que la novedad que los admiró, fué el haber oído referir con espresiones más claras, lo mismo que sabían desde el nacimiento del Niño Dios.

Al entregar Simeon á Jesus, que tenia en sus brazos, bendijo á los padres; esto es, les dió la enhorabuena, significándoles que eran felices por aquel Hijo que presentaban; y volviéndose hácia María, como quien pretende prepararla para la pasion y muerte de Jesus, se explicó e

este vaticinio: Sabed, que este Salvador que habeis dado al mundo, está puesto como objeto de la ruina y resurreccion de muchos en Israel. Vendrá día el más funesto para Jerusalem, en que este Niño sea sentenciado á una muerte la más ignominiosa; y la ejecucion de esta sentencia, la más cruel que pueda imaginarse, será ¡oh María! para vuestra alma una espada de dolor.

Notan los intérpretes del Evangelio, que á la Virgen María, y no á José, se volvió el Santo anciano al querer anunciar la pasion y muerte de Jesus; y responden con dos razones. Teofilacto dice, que con esta accion dió á entender el fiel israelita, que María era Madre verdadera, y que José solo era Padre putativo de Jesus. Otros conjeturan que el Santo anciano, que ántes, sin hacer distincion, habia felicitado á los padres de Jesus, no dirigió sus palabras á José en este doloroso vaticinio, porque el santo Patriarca habia de morir ántes de la pasion y muerte del Hombre Dios.

Hablando de los sucesos remarcables de aquel día, en que despues de purificada la Madre se-

gun la ley, fué el Hijo presentado en el Templo, dice Celso, autor antiguo, que el Santo anciano Simeon al recibir al Niño Dios en sus brazos, recobró la vista, que cuasi habia perdido. Tambien escribe Leon Alacio, que advirtiendo el Santo anciano que la sagrada Vírgen de repente fué rodeada de luces, rompió por la multitud del pueblo, y acercándose á ella, tomó al Niño en sus brazos. Nicéforo refiere, que lo mismo fué restituir el Hijo á la Madre, que morir el Santo Simeon. Pero ya saben los eruditos, dice el Calmet, la fe que se debe dar á estas tradiciones. Añaden los autores citados, que buscando el Santo Simeon en cierto dia el modo de esplicar aquel vaticinio de Isaías: *Concebirá y parirá una Vírgen*, y no pudiendo entender el misterio, le fué revelado que no moriría sin haber visto cumplido aquel oráculo.

Cumplidas todas las ceremonias de la ley, salió el santo Patriarca de Jerusalem para su casa de Nazaret, acompañado de Jesus y de María; pero deseando venerar aquella gruta en donde el Niño Dios habia nacido, ó despedirse de los parientes y conocidos, llegó á Belen, y

estando en aquella ciudad de paso, como discurren algunos escritores, repentinamente se halló el Señor San José con una orden del Cielo, que le mandaba por medio de un ángel huir á Egipto ántes de llegar á su amada casa de Nazaret.

CAPITULO XVIII.

Se le aparece el ángel al Señor San José, y le manda que con el Niño y con la Madre se retire á Egipto.

LUEGO que Herodes, llamado el Grande, supo que los magos, á quienes esperaba para informarse del nacimiento de aquel infante que se decia ser el heredero de la corona de Judea, se habian vuelto á la Arabia sin pasar por Jerusalem, creyó que era nacido aquel Rey de los judíos, que ellos venian buscando para adorarlo. Por lo que, pensando poner de este modo á cubierto los derechos del trono, dió una de las órdenes más crueles que se han visto en el mundo, en que mandaba quitar la vida á todos los niños que hubiesen nacido en Belen de Judá y en todos sus contornos en el espacio de dos años;